

MIGUEL OCAMPO

La fascinación que ejerce sobre nosotros la crítica de arte está muy emparentada con aquel cuento japonés de Rashomón. Todos los testigos veían el suceso desde ángulos tan dispares que lo hacían parecer distinto y sin embargo podría argüirse que se trataba de versiones de una idéntica realidad. ¿Sabremos alguna vez algo de esa "idéntica realidad"? ¿O estaremos quizá condenados, como lo quería Kant, a conocer tan sólo al fenómeno mientras el número nos resulta inaccesible?

En todo caso, existen oportunidades en que nos sentimos urgidos a decir "nuestra" verdad, más allá del respeto y aún de la admiración que sintamos por la de nuestros colegas. Tal me ocurre con el caso de la última exposición de las obras de Miguel Ocampo, en la galería Jacques Martínez, inspirada en gran medida por el paisaje de La Cumbre, ese paraje de rara belleza natural que nos brindan las sierras de Córdoba.

Es exacto afirmar que Ocampo nos tenía acostumbrados a una pintura en la que la abstracción apenas sugería los perfiles de la realidad cotidiana, que quedaban de ese modo sumidos en lo que habíamos llegado a considerar una de las características sobresalientes de su arte: la ambigüedad.

Es verdad que lo más usual en la trayectoria de un artista es comenzar a partir de una figuración más o menos académica hasta ir alcanzando diferentes grados de abstracción a lo largo del camino, si es que ésta resulta ser la ruta de su sensibilidad. Pensemos en el caso típico de un Mondrian, a cuya sensibilidad estuvo adscripto Ocampo en su brillante etapa de arte concreto. Pero ya desde su última muestra se iban haciendo cada vez más presentes los elementos del paisaje, tanto pampeano cuanto serrano.

En esta oportunidad, los árboles y los pastos, las hojas y ciertos detalles paisajísticos, capturados desde ángulos tan originales como plenos de encanto, van desenvolviendo ante nuestros ojos lo que no sería exagerado llamar una antología del paisaje, tal como lo percibe una de las sensibilidades más agudas de nuestro tiempo.

Ni es casual que esos elementos estén envueltos en una luz, que invade un movimiento centrífugo que trae a la memoria de manera inevitable algunos de los hallazgos del gran Turner.

Sabemos que Turner se sentía competidor de Claude Lorrain como aquel que primero había atrapado al Sol en medio de sus telas.

No alcanzamos aquí a ver al astro rey, aunque sí su divino resplandor, ni es posible olvidar a los griegos con su Apolo, quien sirvió de bautismo a una de las coordenadas con las que Fererico Nietzsche analizó el arte de los helenos.

Apolíneas en verdad son estas obras, más que en una supuesta ordenación del orden clásico, en el esplendor con que nos transmiten el huidizo concepto de la belleza, a la que nos tienen desacostumbrados los creadores de los últimos tiempos.

Si alguien acusase a Ocampo de exquisitez, aceptaríamos sin vacilar el reto, pues es en verdad la suya pintura de un exquisito buen gusto, de ése que hemos desde estas columnas marcado como contrapartida del malo. Pero si ésta tan sólo fuese la condición de su vigencia, nos quedaríamos, a mi entender, demasiado cortos en la estimación de este Fénix de los pinceles. Su misma capacidad de renovarse, su permanente renacer de sus propias cenizas, constituyen de por sí un toque de atención acerca de su inserción en los procesos vitales de la existencia.

Y es esta participación en lo vital de la naturaleza, desde su propia naturaleza, la que más nos conmueve y nos conmina para registrar estas ideas. Porque Ocampo está vivo, no sólo porque le late el pulso de su fisiología sino porque, como auténtico demiurgo, ha sabido hacer entrega de su propio ser a aquello que lo trasciende, más allá de cualquier otra consideración.

Si dediqué este espacio para escribir sobre el gran Andrew Wyeth, no podía hacer menos con este creador nuestro que se le emparenta. Él también, como el norteamericano, ha quedado atrapado por esa realidad que lo envuelve y que es a su vez símbolo de una realidad que a todos nos envuelve. En sus composiciones, que por momentos nos transportan al Oriente, sentimos que el susurro que nos llega de estas cadencias pertenece a la orquestación digna del *Caballero de la Rosa*. Se trata de aspirar una fragancia que no es exactamente de este mundo, de escuchar compases que pertenecen a la música de las esferas.

La Nación 26/10/1987